

Al rescate de Pemex y CFE

Desgarradas las vestiduras por quienes califican de inútil y hasta ruinosa la posibilidad de dos nuevas refinerías anunciada por el gobierno al relevo, hete aquí que con los 163 mil 172 millones de pesos perdidos por Petróleos Mexicanos durante el segundo trimestre del año se habría financiado, con creces, la construcción de una de ellas. Lo grave del caso es que con ingresos inéditos, la empresa productiva del Estado también alcanzó números rojos inéditos.

Estamos hablando de 833 mil 570 millones de pesos por ingresos en el semestre. En el mismo lapso del año anterior el monto había llegado a 688 mil 935, lo que implica que hubo un salto de 24.6%. El problema, justo, es que Pemex se ha convertido de productora a importadora. Si al inicio del sexenio la compra de gasolina del exterior alcanzaba 27% del suministro total, hoy llega a 72%.

Las seis refinerías de la empresa trabajan en promedio 44% de su capacidad instalada, a pesar de que en el sexenio pasado se reconfiguraron y modernizaron las de Coatzacoalcos, Veracruz, y Cadereyta, Nuevo León, en paralelo a los contratos para reconfiguración parcial otorgados a la brasileña Odebrecht. Si durante décadas la balanza comercial de la ex empresa pública tenía un amplio superávit, hoy registró en el primer semestre del año un déficit de 2 mil 103 millones de dólares. Las importaciones de gasolina, gas butano y propano crecieron en el lapso 51.4%. Las petroleras sumaron 4 mil 713 millones de dólares.

En el clímax de la tragedia, el gran impedimento para abrir a la escena nuevas refinerías es, justo, la falta de materia prima. Para enderezar el rumbo del barco y evitar la colusión, es decir que la empresa emblema de México se convierta en una más del montón en la “magia” de la reforma energética, se requiere impulsar la producción. El país consume 800 mil barriles de gasolina al día. De ahí el anuncio de inversiones por 175 mil millones de pesos en un escenario en que la meta de corto plazo será acercar la producción a los estándares de hace 10 años. El pico máximo alcanzado por la empresa fue de 3.4 millones de barriles diarios, más del doble de los 1.4 de hoy.

Se diría, pues, que Pemex reclama algo más que una cirugía mayor; racionalidad en su operación, transparencia en la ejecución; autonomía en la gestión, y destierro total de la corrupción, empezando con la sindical. En el caso de la Comisión Federal de Electricidad (CFE) el escenario es similar. Si el año pasado parecía haber enderezado el rumbo, obteniendo el segundo trimestre del año una pérdida de sólo 386 millones de pesos, en éste se incrementó 72 veces para llegar a 28 mil 459 millones de pesos.

Como Pemex, a mayores ingresos mayores pérdidas, lo que implica que la ruta es errónea. Estos crecieron en el período 8.4%, para llegar a 124 mil 334 millones de pesos. A pesar del crecimiento inaudito de las tarifas para altos y medianos

consumidores, la empresa ha mantenido una ruta de endeudamiento para cubrir su deficiencia, entrando a un peligroso círculo vicioso en que los 332 mil 442 millones de pesos acumulados le significan un desembolso anual por intereses de 27 mil millones. Operación rescate

Esperanza inútil. De acuerdo con los mecanismos previstos, de declararse la quiebra de Oro Negro, las afore Banamex y Sura estarían en opción de presentar una demanda en reclamo de la inversión realizada vía Certificados de Desarrollo, conocidos como CKD's, buscando la ejecución de las garantías previstas. El problema es que éstas son las cinco plataformas marítimas de la empresa, de las cuales ya perdió una, con la novedad de que las cuatro restantes las pelean también otros acreedores. Y el problema, además, de que la emisión fue avalada por Axis Capital, no por Oro Negro, por más que éste era dueño de 62% de la campaña.

COLUMNA DE ENRIQUE CAMPOS SUAREZ. Julio 31 del 2018

¿Otra vez, optimismo desbordado sobre el TLCAN?

Esto es como el cuento de "Pedro y el lobo". Ya estamos en esa fase en la que por más que nos griten a los cuatro vientos que ahora sí ya está por concluir la renegociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), ya no lo compramos tan fácilmente. En la gráfica del comportamiento del tipo de cambio del último año y medio han quedado las marcas, como cráteres de meteoritos en la luna, de ese optimismo que repentinamente se convierte en frustración.

A pesar de ello, aquí estamos otra vez en la euforia de un inminente acuerdo comercial entre los tres socios de América del Norte. La primera señal en la que hay que desconfiar es que este optimismo renovado se da después de una reunión bilateral México-Estados Unidos en Washington y con la expectativa de más reuniones ministeriales entre las delegaciones de los dos países.

Donald Trump es muy tosco en su manejo diplomático y son públicas sus diferencias comerciales con Canadá, que son más profundas que con México. Ha llegado incluso a insultar al primer ministro, Justin Trudeau. Para nadie es un secreto que, si algo quiere el presidente de Estados Unidos, es separar el TLCAN en dos tratados y llevar la administración de esas relaciones comerciales a su sistema judicial.

Si se junta el hambre de Trump con las ganas de comer algunos triunfos de los gobiernos mexicanos, tanto el que se va como el que llega, la combinación puede resultar contraproducente para el resultado final. ¿Dónde puede venir la llave para destrabar las negociaciones del TLCAN? Una pieza básica es la automotriz. Una sesión en las reglas de origen de la industria armadora puede satisfacer el deseo político de la administración de Trump de presumir un triunfo sin grandes consecuencias para ese sector.

Una revisión periódica de la operatividad del acuerdo puede sustituir el absurdo deseo de asesinar cada cinco años el TLCAN. Podría el republicano presumir un

logro sin tener una cláusula sunset. La delegación mexicana debe tener cuidado en la pretensión del gobierno estadounidense de poner limitaciones agropecuarias con argumentos de estacionalidad. López Obrador y Trump son dos proteccionistas del campo y pueden estropear los avances logrados. Donde se debe poner todo el cuidado del mundo es en el capítulo de solución de controversias, tanto en temas relacionados con inversiones como conflictos entre particulares y un estado, o bien, entre dos Estados.

El TLCAN tiene la gran virtud de equiparar a los tres países, los mecanismos de solución de controversias del acuerdo actual respetan el nivel de socios idénticos. Ceder a una supremacía del Poder Judicial estadounidense rompería la esencia del tratado. Tanto como aceptar que el acuerdo no fuera trilateral. Estos dos temas merecen total intransigencia de la delegación mexicana.

Al gobierno de Enrique Peña Nieto le urge dejar cerrada la negociación del TLCAN y al gobierno entrante, de Andrés Manuel López Obrador, le interesa que le dejen ese tema planchado. Pero tanta prisa no es buena cuando conoces las malas intenciones de tu contraparte. Aunque el peso gane tanto terreno frente al dólar por todo ese optimismo, una vez más desbordado, lo cierto es que andar echando las campanas al vuelo sin tener a los canadienses a un lado negociando no es una buena señal. ecampos@eleconomista.com.mx